



Yo no soy un fracasado

Me llamo John y soy de la pequeña isla de Maskelyne, frente a Vanuatu, en el Pacífico Sur. Crecí rodeado de un mar cristalino y de exuberantes selvas tropicales. Iba a la escuela como los demás niños, pero no me gustaba estudiar; de hecho, sacaba las peores notas de mi clase. Mi padre sabía que no me gustaba la escuela, pero tenía un deseo muy sencillo para mí:

—Termina sexto grado —me dijo—; aprende a leer y a escribir bien tu nombre. Con eso basta.

Nunca olvidaré algo que sucedió en sexto grado. Estábamos haciendo un examen cuando la maestra vio lo que yo estaba escribiendo y suspiró:

—John, nunca cambiarás. Estás malgastando el dinero de tus padres. No tiene propósito que sigas estudiando —me dijo.

Y lancé mis libros por la ventana, diciéndoles a mis compañeros que se rieran de mí. Tuve que salir corriendo a recoger los libros mientras todos me miraban. En ese momento se rompió algo en mi interior. Sentí que no valía nada; aunque, en el fondo, algo me decía que no me rindiera.

Ese mismo año, un compañero bromeó:

—John, cuando repruebes los exámenes y te tengas que quedar en la isla, te contrataré para que pesques para mí.

Yo le sonreí, pero sabía que no quería ese tipo de vida. Quería algo más.

En una ocasión mi hermano mayor, que se había hecho adventista, me dio un versículo bíblico para que me lo aprendiera: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxodo 20:8). Ese versículo cambió algo en mí.

Cuando tenía trece años, un pastor adventista que estaba de visita celebró reunio-

nes en nuestra isla. Asistí, y sus palabras calaron hondo en mi corazón. Decidí bautizarme. Antes del bautismo, el pastor oró: “Señor, por favor, usa a este joven en tu servicio”.

Después de la muerte de mi padre, la vida se me hizo más difícil, pero la familia de la iglesia me ayudó y yo empecé a ayudar haciendo pequeñas cosas, como desmalezar el patio de la iglesia o tocar la campana. Más adelante fui diácono y luego anciano de la iglesia.

En 2001, me trasladé a otro lugar de Vanuatu. Me uní a una iglesia adventista y formé parte de un coro. Compartía mi fe a través de la música. Cantar era mi forma de predicar. Yo no era predicador, pero, cuando cantaba, me sentía vivo.

Más adelante, volví a mi isla, porque un pastor me invitó a cantar en una serie de reuniones. Una tarde, me pidió que visitara la tumba de Norman Wiles, el misionero que llevó por primera vez el mensaje adventista a nuestras costas. De pie junto a la tumba, oré: “Señor, yo también quiero ser misionero”. En realidad, no sabía muy bien qué era un misionero, pero quería ayudar a la gente a conocer a Jesús. Luego tuve un sueño y descubrí así que Dios quería que fuera a Torres, un grupo de islas donde no vivía ningún adventista. No tenía dinero ni conocía a nadie allí, pero oré: “Señor, si quieres que vaya, por favor abre el camino”. ¡Y Dios respondió! Pasé siete años en Torres, forjando nuevas amistades y fundando nuevas iglesias.

Años después, en un concierto en Malekula, vi a mi antigua maestra, la que había lanzado mis libros por la ventana. Se acercó

Cápsula informativa

- En Vanuatu hay 29.088 adventistas, que se reúnen en 97 iglesias y 181 congregaciones. Con una población de 321.000 habitantes, esto supone un miembro de iglesia por cada 11 habitantes del país.
- El cristianismo es la religión mayoritaria. Alrededor de un tercio de la población es presbiteriana; católicos y anglicanos representan aproximadamente un 15 % de la población cada uno.
- En Vanuatu hay tres academias y cuatro clínicas médicas de la Iglesia Adventista.
- Los primeros misioneros adventistas en Vanuatu (entonces llamadas Nuevas Hébridas) fueron C. H. Parker y su esposa, que llegaron en 1912.

a mí con lágrimas en los ojos, me dio una sandía y me dijo:

—Siento mucho lo que te dije.

Ella también se había hecho adventista.

Hoy sigo siendo anciano de iglesia, compartiendo el amor de Dios y fundando nuevas iglesias. Puede que haya fracasado en la escuela, pero Dios tenía un plan para mí. Así lo dice en su Palabra: “Yo conozco los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza” (Jeremías 29:11, NVI). Esta promesa es para mí y también para ti.

Su ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a financiar proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu. Gracias por su generosidad.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.